

garras del dragón, muestra la herida obligando a que todos sangren y permanezcan allí así indefensos, expuestos al contagio de las pestes.

Pero esas heridas emanan una extraña claridad.

2. LA DURA DESPROPORCION

Si la cultura se mide por la capacidad de centralizar una unidad desde los diversos polos y estratos de la realidad, Sábato le otorga a la novela categoría de raptor unificador del mundo. Los hilos convergentes están atados fuertemente a los fardos más pesados de la civilización. Pero Sábato, adrede, es menos titiritero que marioneta. Los representantes humanos de estas cargas cuentan con su participación. Se llaman Marcelo, Nacho, Agustín, Natalicio Barragán, Carlucho, Silvia Gentile, *Che* Guevara, Araújo, Bruno, el querido y remoto muchacho; y también Rubén Pérez Nassif (esa especie de hermano de leche de Molinari), Jorge Ledesma, el Nene Costa, Schneider, Quique, Soledad, Schnitzler, Coco Bemberg, R., Beba y tantos otros. Sin contar los que vuelven, cansados o vencidos, y miran por la ventana del presente con ojos melancólicos.

Todos ellos, su situación, no constituyen episodios casuales. Nada es casual, ha dicho Sábato. Hay una trama.

Creo que si conociéramos nuestro futuro, a cada instante veríamos surgir aquí y allá pequeños acontecimientos que lo anunciarían y hasta prefigurarían; no conociéndolo, parecen cosas al azar, casualidades sin significado.

Sábato, en *Abaddón*, busca las significaciones y sus probables conexiones. Casi nada. Pero al mismo tiempo la tarea misma lo frena. Sus escrúpulos en relación al oficio de escribir permanecen en debate ético en el mismo acto de escribir. Digo que cuestiona la literatura escribiendo; también la defiende. En todo caso *va haciéndose* mientras escribe. Es como si avanzara en la pelea disparando contra sí mismo sin dejar de avanzar. Vuelve a advertirse la desproporción inmensa entre ese acto y la vastedad del universo. Doble efecto: uno se hace valiente ante un enemigo tan colosal; asimismo hay un agudo sentido de impotencia, aparte de la vergüenza inevitable que se experimenta al comparar nuestro oficio con la entrega de otros hombres a causas «directas», donde la propia vida se pone en juego.

Este eterno remordimiento alcanza aquí, en Sábato, proporciones enfermizas. Y si en el capítulo de *Querido y remoto muchacho* reivindica a cada momento la función del escritor, poniendo por delante el

«haberte vaciado de vos mismo», de Pavese, a lo largo de toda la obra permanece esa inseguridad, conformando una áspera dialéctica: por momentos se hunde en los pozos de la autocrítica despiadada, por otros emerge orgulloso, firme y seguro de sus fuerzas. Esta constante lucha es la que confiere a la obra de Sábato un sabor de verdad agridulce, pues si sólo describiera un vía crucis irremediable, el lamento quedaría rebotando entre las paredes. Al oponerle, en páginas de grandeza poética, no únicamente la necesidad imperiosa de la literatura, que eterniza los momentos irrecuperables (a menudo de la Historia), la eleva al rango de *salvación*. Esa verdad que intuye el escritor por encima de sus contemporáneos; esas luces y sombras percibidas en la pantalla de su imaginación y que la mayoría no distingue, lo hacen admirado y, a un tiempo despierta suspicacias. El escritor viene a alarmar a la población; anuncia el incendio de bosques o la proximidad de un sismo. ¿No han escuchado nunca frases como ésta de labios de lectores comunes, después de terminar un gran libro?: *sí, pero esto no es la realidad*. Significa que se niegan a reconocerse en algo que vaya un poco más allá del cerco que se han construido alrededor de su huerto.

En alguna parte escribí que nuestra época, con intensidad nunca igualada hasta entonces, había convertido a la literatura en un pacto suscrito por ciertos espíritus independientes al pie del éxito. Hombres inteligentes, dedicados a escribir, estaban en un pie de igualdad respecto a modas o a cigarrillos, incluso a boxeadores. En América Latina, con el orgullo inevitable que se desprende de cierta capacidad autosuficiente, revelada, justo es reconocerlo, con penurias, siglos de ignorancia, explotación y sangre, agotadas las descripciones de huelgas y taparrabos insurgentes, se entró de lleno en un entubamiento doble que, masticado por dientes europeos, tenía sabor vernáculo: la crudeza realista por un lado, la pirueta verbosísima por otro. Ambas, desde sus latifundios, fueron confundidas con la popularización de la literatura. Corrían tiempos equívocos. Desnutridos de ideologías agrias, nos habíamos olvidado también del aspecto lúdico, fluctuando entre un humor grosero y un viva la Pepa con ribetes solemnes. La inmediatez y el juego en literatura fueron así laxantes eficaces (una cosa es ser un escritor de su tiempito, como dice Sábato, y otra ser un escritor de su tiempo). Conociendo estas necesidades postergadas, y recordando a Musil, veo que para algunos valía la pena largarse a escribir porquerías que fueran más «vigentes y atractivas» que importantes obras del pensamiento—y, desde luego, menos «amargas»—. Fue así como se atribuyó a lo vulgar un carácter positivo. Toda nuestra sub-cultura doméstica a las masas a fin de que la caca,

de tanto comerla con música de fondo, sepa a miel. El optimismo ocupó el lugar de la clarividencia. El optimismo es esencialmente mercader. De ahí que la literatura sea siempre un potencial (o abierto) enemigo del pragmatismo barato. Teniendo en cuenta estas características, es válido asignar a los lugares comunes una mayor humanidad y naturalidad —una más punzante alegría— que a las ideas nuevas y profundas, refractarias a una moral convencional. En un mundo sin garantías de ninguna especie, lo verdadero tiende a huir de las conciencias. Una literatura obsecuente comienza por satisfacer, con *la forma*, el formato común, chato, en que han metido nuestra mente. Como escritor a mí no me interesa que me «comprendan», sino que me *crean*. No deseo satisfacer la arquitectura mental de nadie; aspiro más bien a que el lector se dé cuenta de que existe *otra forma*, y que si de verdad desea entrarle, deberá emprender una lucha, en primer término, por cambiar su visión formal del universo que pacientemente, desde la cuna, a través de biberones de calcio, ha terminado por convertirse en un hueso duro que lo envuelve. No estoy hablando de oscuridad o de complicación (a pesar de que el universo humano es oscuro y complicado —salvo para los tiranos), sino de mi libertad para no quedar bien con nadie.

Por eso creo en la importancia de Sábato. Los escritores graves, los que no son cancheros, los que forman el «casi» que nos salva de la total embriaguez, son como francotiradores, y los disidentes, no les va tan bien en apariencia, quizá porque la Gran Literatura no es «humana», tampoco «natural», y mucho menos «satisfactoria». Me niego a darle gusto al espíritu hipnotizado de una época aunque a la larga, con el correr del tiempo, aquella literatura logre de verdad ciertas aspiraciones éticas con que hoy, otro tipo de escritores (y manadas de lectores) tratan con entusiasmo de justificar la estética.

Sábato cita a Proust, quien decía que la obra de arte es un amor desdichado que faltamente presagia otros. A Brahms, la noche en que tocaba (él como solista) su primer concierto para piano y orquesta, lo silbaron y le arrojaron basura. Es que éste es el destino reservado a quienes se atreven a romper con estructuras tácitamente aceptadas. ¿Destino? El destino de Brahms es esta inmortalidad de la que goza. Las manos sucias que se alzaron contra lo «incomprensible» ya no existen. Pero en estos casos, cuando la injusticia se hace presente,

Es entonces cuando además del talento o del genio necesitarás de otros atributos espirituales: el coraje para decir tu verdad, la tenacidad para seguir adelante, una curiosa mezcla de fe en lo que tenés que decir y de reiterado descreimiento en tus fuerzas, una combinación de modestia ante los gigantes y de arrogancia